

Pablo King, *El nombre del Popocatepetl. Religión popular y paisaje ritual en la Sierra Nevada*, Gobierno del Estado de Veracruz, Veracruz, 2010, 241 pp., ISBN: 978-607-7527-36-7.

José Ortega y Gasset decía: “la claridad es la cortesía del filósofo”. Sin embargo, los libros etnográficos corteses no siempre son la tónica. De ahí la sorpresa con la que el lector acoge el descubrimiento: *El nombre del Popocatepetl* nos trata con cortesía; pero no sólo eso, tiene cualidades literarias, se lee con gusto, con fluidez, con interés y con una sensación sostenida –que se mantiene como un mar de fondo o un rumor a lo largo de sus páginas– de que el autor nos está transmitiendo algo que vivió y que quiere que conozcamos. Pablo King nos dice: “El escrito que aquí se presenta es un recorrido que procura el acercamiento a la forma de vivir y pensar de estas personas”, los campesinos de las faldas de los volcanes (2010: 15). La necesidad de comunicación, de ir al grano, de transmitir, le lleva al autor a emplear una serie de recursos que el lector no puede más que agradecer, y que yo trataré aquí, en unas pocas páginas, de esbozar.

Hablemos de la empatía. Hay muchas maneras de crear complicidad o una relación con el lector. Algunos libros mantienen cierto esoterismo, cierto guiño culto, cierta distinción de club selecto y exclusivo. El “acá entre nos” está regido por un intelectualismo, por un conjunto de conceptos complejos, quizá filosóficos, que el destinatario debe conocer y mediante los cuales el autor selecciona y define a su público. Otros libros, por el contrario, se “acercan” a un lector más general –pero sin excluir al especialista– con un recurso diferente: yo, le dice el autor al lector, quiero compartir contigo lo que sé y quiero que me entiendas. No pretendo ser esotérico y por eso voy a reducir la complejidad y, si empleo términos científicos, los presentaré en el texto de tal forma que el contexto los aclare e ilumine. Obviamente, las dos son válidas; es cuestión de gustos...

Pienso que Pablo King se inclina por la segunda. Desde un principio se muestra claro, es decir, cortés, y nos anuncia que su libro es resultado de una investigación de larga duración (de 2002 a 2005), que articula los datos de campo con estudios teóricos y etnográficos previos, que emplea un enfoque regional, que plantea problemas empíricos y conceptuales: “¿por qué –se pregunta– en una región rodeada de grandes centros urbanos e industriales [...] encontramos prácticas religiosas como la petición

de lluvias y el culto a los cerros?” (18). También nos dice que su estudio sigue un acercamiento sociohistórico y no únicamente simbólico, y nos presenta los dos conceptos analíticos que van a formar la trama de su investigación: si por un lado “la discusión se centra en apreciar el fenómeno como componente de la religiosidad popular” (18) —una deuda con Félix Báez-Jorge—, por otro, “se explora uno de los elementos constitutivos más importantes para la cosmovisión de los pueblos: el paisaje ritual” y “los elementos que conforman la cosmovisión proyectada en el paisaje” (19) —una deuda con Johanna Broda. Pero el autor también nos revela su interés por el cambio, por el aspecto dinámico y procesual de los fenómenos culturales.

La estructura del libro aparece constante en todos los niveles y podríamos denominarla “en fractales”. Si tomamos el conjunto, predominan las piezas breves —capítulos y apartados— formando un todo. Si tomamos los apartados, predominan las frases cortas formando unidades. Este juego de lo medido y lo ensamblado produce una sensación de proporción y de ritmo. De hecho, algo que facilita mucho la lectura y la hace dinámica es precisamente la hechura de las frases. Sin complicarnos con subordinadas innecesarias ni retruécanos que el lector tenga que volver a leer, el autor se sirve de la fórmula esencial y básica de sujeto-verbo-predicado, que a menudo recurre además al sujeto de la oración anterior para continuar construyéndose. Véase un ejemplo:

Los templos

Así le llaman en la región a los lugares de culto y de petición de lluvias. Es ahí donde residen las fuerzas de la naturaleza o los espíritus —como suelen nombrarles los pobladores. Ahí los hombres se comunican con lo sagrado. En los templos... (107).

Cuando King tiene que emplear un concepto teórico, una expresión técnica, no le cierra la puerta al profano. Aunque *El nombre del Popocatepetl* es un libro científico, no por ello deja fuera al lector del ámbito de las humanidades, las ciencias sociales o al aficionado a los ensayos que quiera acercarse a leerlo. Los conceptos son definidos en el momento mismo en que se emplean y la definición se ofrece con palabras asequibles. Así, el lector puede entender simultáneamente lo que significa un concepto y cuál es su utilidad en el texto. Por ejemplo, el de “religiosidad popular”:

es la diferencia entre los planteamientos eclesiásticos y la actividad de la gente que pide lluvias en los volcanes. Desde la Iglesia hay un discurso propio de la religión católica apostólica y romana. En el mejor de los casos es un campo movido por un capital simbólico, construido con el estudio y el conocimiento erudito. En cambio, la gente que pide lluvias y asiste a las ceremonias en los templos que se localizan en el paisaje [...] no tiene una formulación sobre lo que hacen y plantean, por lo

general, que “así es la tradición”, o que “así se ha hecho”. La actitud de la Iglesia, a juzgar por sus representantes en la región, es de “continua evangelización” (53).

De esta manera expositiva, en ocasiones narrativa, se formulan las ideas y desmenuza el contenido conceptual. Otras veces, además, como por ejemplo al hablar de la “memoria”, las definiciones teóricas y la información de campo no aparecen disociadas en dos secciones diferentes del libro, sino situadas la una al lado de la otra.

Y un aspecto que se debe destacar es que el cuerpo del libro es etnográfico. A lo largo del mismo encontramos una preocupación sostenida por las descripciones y las narraciones y, sobre todo, por la etnografía. Y ésta, veámoslo, aparece empleada de cinco formas distintas:

1) Encapsulada en testimonios que se inscriben en el texto principal: “Comprendí que muchas veces las palabras de los pobladores hablaban mejor que las mías en relación con sus vidas, por lo que dentro del cuerpo de este escrito hay varias cuartillas en las que son ellos los que hablan” (16).

El texto aparece salpicado de largos testimonios, a veces de una página, que son valiosos en sí mismos y sirven a varios propósitos. Por un lado, configuran un texto polifónico en el que el lector escucha las voces de muchas personas distintas y no sólo la del autor. No escuchamos lo que el antropólogo *dice* que *dicen* los informantes, sino ricos testimonios en los que son ellos quienes hablan *realmente*. Y oímos además no sólo lo que dicen, sino *cómo* lo dicen: la ironía, la fe, la decepción, la evasión de ciertas preguntas, el argot local, la pasión, el entusiasmo, la sorpresa, etcétera. Escuchamos las voces de especialistas rituales, párrocos, vecinos legos, jóvenes descreídos y posmodernos. La sorprendente polifonía reivindica los conceptos de los informantes al tiempo que produce un curioso encuentro de voces.

Pero, por otro lado, esta preocupación testimonial y de registro obedece también al *enfoque regional* del autor. En notas al pie descubrimos los diferentes lugares de los que proceden los testimonios: Santiago Mamalhuazuca, Amecameca, San Pedro Nexapa, el cerrito del Sacromonte, Ecatzingo... todos situados en las proximidades de los volcanes. La yuxtaposición de los testimonios muestra una diversidad de versiones con divergencias, sí, pero también con puntos coincidentes. Por último, esta acumulación de citas responde a una estrategia metodológica: “De haber confiado en una sola narración, además de perder el contexto regional que me permitió confrontar los datos (descartando los más alejados y sistematizando los que se repetían o se asemejaban), hubiera sido presa fácil del ‘cómo quieren ser vistos’” (16). Es decir, la pluralidad de testimonios permite a King presentar un panorama más complejo que el típico discurso unívoco y monolítico elaborado premeditadamente por los informantes para ser “exportado”, cual discurso publicitario o político, al

exterior. El lector observa una realidad diversa que excede el “control” y la homogeneización deliberada de los informantes.

2) El autor sintetiza las versiones nativas para ofrecer descripciones concisas, generalmente con propósitos explicativos. En ellas habla King pero con las palabras y expresiones de los informantes, en un estilo indirecto libre. Este estilo presenta a menudo una fuerte *calidad visual*, que le da realismo y sensación de algo vivido a los ojos del lector. En algunas de estas descripciones lo *conceptual* se hace *visual*. Un ejemplo: al tratar “El ciclo total del agua”, escribe:

De la montaña al mar y del mar a la montaña, las aguas de tierra recorren su camino cerrando un ciclo mitad superficial mitad subterráneo. Por su parte, las aguas de aire, ya de la montaña al mar o viceversa, cruzan el cielo y también cierran su ciclo. Así se crea el ciclo total del agua, el cual parecería un ocho donde las aguas se mueven y se juntan de la tierra al cielo y luego al mar, para regresar a la tierra (la parte de arriba del ocho correspondiente a las aguas de aire), o del cerro al mar y del mar al cerro (la parte de abajo del ocho, correspondiente a las aguas de tierra); ciclos acuáticos, movimientos que exigen a los tiempos estar atentos para entender cuándo es dañino o insuficiente el líquido vital (114).

Y acerca de las nubes:

Las nubes provienen de los cerros y de los volcanes, aunque algunos tiempos dicen que también vienen del mar. Siguen el mismo movimiento descrito para las aguas de aire. Sin embargo, el final de su ciclo siempre es el mismo: las nubes llegan al volcán. Es ahí donde nacen y a donde llegan; ahí se acumulan para fraguar las lluvias (120).

Estas descripciones conceptuales suelen alternarse con los testimonios etnográficos ya referidos.

3) La etnografía se emplea para *reflejar el cambio cultural*. Por ejemplo, una serie de breves comentarios hechos por unos jóvenes sobre el *graffiti* sirven, por metonimia, para representar la contundencia y esquizofrenia de las transformaciones en las concepciones de la vida y de la cultura entre generaciones y, por extensión, del contundente impacto local de la globalización.

Las mujeres adultas se visten con faldas largas, quizá algún chal, camisas holgadas, zapatos y con el cabello trenzado. Los jóvenes, con pantalones entallados o minifaldas, ombligueras o camisetas pegadas con una estrella en el centro o el logotipo de alguna marca y con tenis. Además, se peinan con chongos y cortes con luces y colores.

En el primer cuadrante del centro de Amecameca hay al menos cuatro cafés internet y más de cinco centros de videojuegos. Los segundos siempre cuentan con grandes cantidades de jóvenes

y, según las personas que rentan el servicio de Internet, [se] va incrementando la asistencia de los muchachos (158).

4) También hay un empleo de la etnografía *con intenciones críticas y autocríticas*, que aparece en el capítulo IV. El desarrollo infructuoso de una visita al tiempo llamado don Lucio ilustra lo relevante que puede resultar una entrevista frustrada. La etnografía no es sólo recoger datos; también es entender contextos. King no obtiene datos de esa entrevista, pero capta un cuadro mucho más importante: la realidad que se oculta tras una negativa. La depredación, la falta de consideración de los antropólogos con las personas de cuyos testimonios dependen, han cerrado muchas puertas y generado resentimientos en los especialistas y las comunidades. Además, el continuo tráfigo de visitantes ha llevado a una *mercantilización*: los ritualistas piden estipendios y hacen ceremonias a la carta para estudiantes y periodistas. En un juego de reflexión, la etnografía de rescate se convierte aquí en una *etnografía que denuncia* a los propios sujetos que hacen etnografía.

5) Finalmente, hallamos una etnografía situada como complemento al cuerpo del libro. “Dos anexos con descripciones etnográficas de rituales realizados durante las estancias de campo” (20). Ambos fueron registrados en mayo de 2004 y corresponden a ceremonias realizadas en las cuevas de Canaltitla, Morelos, y Alcalica, estado de México. Estos anexos tienen un interés intrínseco: son registros fechados, hechos en un lugar y un tiempo determinados. Pero además – y ahí reside su función – permiten comprobar cómo procedió el autor en su trabajo de campo sobre el terreno: qué y cómo observó, preguntó, registró, ordenó y presentó posteriormente la información. Dentro del libro sólo tenemos fragmentos, extractos de testimonios. La validez de los datos etnográficos proviene en gran parte de su registro. Aquí, sacando de contexto una frase referida en la introducción, podríamos hacerle decir al autor: “Son los resultados de este escrito los que hablan por sí mismos y manifiestan el éxito o fracaso de haber procedido de la manera en que se hizo” (17).

Ahora bien, considerando lo anterior, ¿cómo situar *El nombre del Popocatepetl* en el panorama de los estudios contemporáneos sobre graniceros?, ¿cómo contextualizarlo en el conjunto de las investigaciones y trabajos sobre este tema? Resumiendo mucho podríamos decir que representa un aporte por las contradicciones y ambigüedades empíricas que registra, las complejidades a las que se enfrenta, el material de primera mano que nos brinda y su, en ocasiones, duro realismo. Más que un cuadro idílico de la vida campesina y del mundo mitológico y ahistórico de los volcanes, King nos ofrece un panorama en plena ebullición donde variantes de la cosmovisión mesoamericana, catolicismo, tendencias posmodernas, transformaciones producidas por la globalización y choques culturales

sacuden un “complejo cúltico” de raigambre prehispánica. El libro –queriéndolo o no– aporta también un cuestionamiento implícito de las dicotomías convencionales: rural/urbano, tradición/modernidad, cambio/continuidad, sagrado/profano... y termina, con actitud honesta, sin proponer conclusiones precipitadas ni vaticinios, simplemente con dudas y preguntas. ¿Qué sucederá en el futuro?

David Lorente Fernández